

Foto

olvidada



Foto olvidada

No es un ejercicio tan raro. Cuando arreglamos cajones heteróclitos, probablemente queremos arreglar íntimos desórdenes. Rompemos papeles, tiramos agendas perdidas, reubicamos rostros o días que trastocó la desmemoria. Y hasta rasgamos alguna foto (no muchas, por lo general) que consideramos mejor en el olvido. De repente, una de esas tardes, medio creativas medio melancólicas, apareciste tú. Una foto con un rostro más que resplandeciente, llanamente precioso en su sosiego perfecto. Me acordé del fotógrafo algo loco –pero buen tipo– que te pidió un remoto verano que posaras para él, dominado por el hechizo dórico y lunar de tu belleza. Me acordé de nuestros muchos encuentros, Mario, y aún se me vino a las mientes mi absoluto temblor al verte, mi sacral miedo a posar la mano... Pero recordé, asimismo, tu cuerpo duro y tierno, tus ojos de luz, y la humedad de tus labios de seda y carne immaculados... Perdí tu teléfono y me mudé de casa. Si algún día llamaste después de aquella mágica y brutal acostada de febrero del 85, no habría nadie. Sonaba el vacío. Y nadie te conocía, tan íntimos se habían vuelto nuestros encuentros. No me olvidé, Mario. Nunca podría olvidarte, pero no tenía modo alguno de proximidad. Lo que sí había olvidado era la foto, perdida en un cajón, la foto del “puer aeternus” hecha (supongo) cuatro años antes de aquel cese inmotivado, absurdo, fruto de una casualidad muda. Y ahora, mirándote, no sólo te vuelvo a soñar y a tocar, sino que como un romántico loco, inventó futuribles. Tendrás unos cincuenta y tantos, si no falla mi memoria. Y estoy seguro, Mario, de que serás honesto y cabal. Pero para ti y para mí (confesémoslo) los años de la vida sin límite y de la dorada juventud, echaron el cierre. Seguro que lo llevas bien, yo no. No puedo olvidar los días de la belleza y de las flores, y busco y rebusco rescoldos de placer y hermosura... Los dioses castigaron mi idealismo con sed inmarchitable de belleza. Guardo tu foto y te bendigo. Eras bello y bueno. Platón te habría sonreído. Sólo quienes vean esta foto saben lo perdido... Yo me digo: El beso del anciano alegra dos veces el corazón de Afrodita. Y beso tu luz (húmedos los ojos) cerrando ese cajón hasta nunca.



Al

gar



Algar

Abrió los tersos muslos en penumbra.
(La noche era sedosa. De lirio y miel el aire).
Y en aquel joven esplendor de maravilla,
ebria, urgida, como pequeño animal acariciante,
la lengua tanteó el oscuro clavel extendido,
la carne rosa que cedía al empuje salival del otro
y, lentamente, entre dulces espasmos y gritos
de ayuda y muerte, mientras el atlético cuerpo
vibraba en tensiones, siguió el pequeño cetáceo
flor adentro, río profundo, agua de caña adentro,
buscando más delicia en el bohedal bendito
donde es oscuro el reino y la carne se excede en brillo.
Buscaba más la lengua, más hondura, más goce,
mayor placer (siseos, torsiones), más sinsentido
hermoso en aquel cuerpo abierto, joven, floral, tendido.
Y el espíritu de un rey viril chilló extasiado
y los labios grana balbucieron ideas perturbantes,
porque el pálido reptil, la suave blanda amiga
había hallado al fondo misterioso de la gova
un rubí encendido de fulgor y dicha que quebró
el cuerpo todo del muchacho oscuro, mientras sus muslos
y su cintura entera, el portento de materias celestes
y desnudas, gritó hasta morir, abierto y sucio.
La lengua, por fin había tocado el escondido
cárdeno diamante, y el chico se rompió en delicia.
Abrázame, máncame más, soy tuyo...
(Era aquella noche de seda, lirio y miel,
años atrás, cuando holló el oscuro clavel
y el vedado rosal azul de la ternura,
el código viril del samurái secreto,
el esplendor perfecto de esa luz escondida).